

87. **¿Qué es "Dios"?**

La comprensión libera de lo comprendido

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“Pero existe algo sagrado que no es el pensamiento, ni pertenece a un sentimiento revivido por éste. El pensamiento no puede reconocerlo ni utilizarlo. No puede formularlo. Pero hay algo sagrado que ningún símbolo, ninguna palabra puede tocar. No es comunicable. Es un hecho.”

Krishnamurti



¿Qué es "Dios"?

*"Un hombre que cree en Dios
jamás puede encontrar a Dios".*

Krishnamurti

La ciencia del siglo XX

El siglo XX fue el siglo del conocimiento.

A principio del siglo Michael Faraday descubrió el "*campo*", una característica del espacio capaz de producir una fuerza electromagnética o gravitacional. El matemático Clerk Maxwell condensó este gran descubrimiento en una teoría completa del electromagnetismo, con la cual se inició la comprensión del misterio de la luz.

En 1905 Albert Einstein publicó dos artículos con los cuales inició dos tendencias revolucionarias de pensamiento. Una fue su teoría especial de la relatividad; la otra, una nueva forma de considerar la radiación electromagnética, que iba a convertirse en la característica de la teoría cuántica: la teoría de los fenómenos dentro del átomo.

En 1920 se encuentran en Estocolmo los grandes físicos de la época (Werner Heisenberg, Niels Bohr, Paul Dirac, Erwin Schrodinger, Louis de Broglie, Wolfgang Pauli, Max Planck...) y se formaliza la creación de la nueva ciencia, la Física Cuántica, que reveló el aún sorprendente mundo subatómico, dentro de la materia, la dimensión de los electrones, protones, neutrones, energía; además, borra la tajante división cartesiana entre sujeto y objeto, al demostrar que el observador influye en el objeto observado; es decir, que la observación modifica lo observado.

En 1923, Edwin Hubble, astrónomo norteamericano, descubre que el Universo se está expandiendo aceleradamente, que todas las galaxias se

están alejando de las demás galaxias, y que entre más lejos, más rápido. Este descubrimiento fue una de las grandes revoluciones intelectuales del siglo XX, que modificó esencialmente las discusiones sobre el origen del Universo. Si las galaxias se están separando, debieron estar juntas en el pasado, y esta deducción coincidía con la teoría general de la relatividad de Einstein, que implicaba una tremenda explosión, el Big bang.

Hoy la Astrofísica demuestra y calcula que el Universo empezó hace 13.700 millones de años, con una temperatura y densidad infinitas en la singularidad de la gran explosión inicial, el Big bang. En 1948, el científico George Gamow predijo que la radiación de esta etapa primitiva debería estar aún en nuestro alrededor, y su predicción fue confirmada en 1965, cuando los físicos Arno Penzias y Robert Wilson descubrieron “*la radiación cósmica del fondo de microondas*”.

A finales del siglo XX los EE. UU pusieron en órbita el telescopio espacial Hubble. Lo que se observa son miles de millones de galaxias; cada galaxia contiene incontables millones de estrellas, muchas de las cuales están rodeadas por planetas.

La ciencia ha captado el eco del Big bang, la NASA ha publicado fotografías del Universo cuando era sólo un niño de unos 200.000 años. Europa y EE. UU construyeron en Suiza el Instituto CERN, un túnel laboratorio circular de 25 km de circunferencia, 10 metros de profundidad, 6 metros de diámetro, con un costo de 10.000 millones de dólares, donde miles de científicos de todo el mundo aceleran partículas subatómicas y las colisionan, tratando de recrear el primer instante del Big bang, la creación de la energía y la creación de la materia.

Hoy día la ciencia afirma que el Big bang creó los campos electromagnéticos y gravitacional, y la Inteligencia del Universo; que la vibración de la energía crea las partículas subatómicas; que las partículas crean los átomos; que los átomos crean las moléculas químicas; que las moléculas químicas crean la materia orgánica e inorgánica; que la materia orgánica crea la vida, las células, las neuronas, el cerebro y al hombre.

Hoy, siglo XXI, el hombre no sabe todo, pero sabe mucho, muchísimo, y tal conocimiento le ha permitido profundizar cada vez más en la naturaleza de la realidad, abandonando poco a poco los mitos que eran inevitables en su momento histórico y en ciertas condiciones culturales de la sociedad.

Pero el hombre primitivo no sabía casi nada, protegido por su miedo instintivo que cuidaba de su vida en circunstancias muy peligrosas.

Aparece el hombre primitivo

Según fuentes científicas, la vida surgió en la Tierra hace unos 4.000 millones de años en forma de algas microscópicas que cubrían y llenaban los océanos. Pero hace unos 600 millones de años se produjo una proliferación enorme de nuevas formas vivas, acontecimiento que la ciencia denomina "*la explosión del Cámbrico*".

Aparecieron los primeros peces y los primeros vertebrados; las plantas salieron del mar y colonizaron la Tierra; evolucionaron los primeros insectos, pioneros de la colonización de la Tierra por los animales; insectos alados nacieron al mismo tiempo que los anfibios, animales capaces de sobrevivir tanto en la tierra como en el agua; aparecieron los primeros árboles y los primeros reptiles; evolucionaron los dinosaurios, emergieron los mamíferos y luego los primeros pájaros; aparecieron las primeras flores, los dinosaurios se extinguieron, de los dinosaurios nacieron los mamíferos y de los mamíferos nacieron los primates: los antepasados de los monos, los grandes simios...y los humanos.

Hace menos de 10 millones de años aparecieron los primeros seres que se parecían fielmente a seres humanos, caracterizados por un aumento notable del tamaño del cerebro. Y luego, hace sólo unos pocos millones de años, tal vez 4 millones, emergieron los primeros humanos auténticos, sin ningún conocimiento adquirido acerca de nada, dirigidos sólo por la información contenida en su ADN y por su instinto de vida. Su miedo lo hacía huir y su ira lo incitaba a atacar para sobrevivir.

La ira y el miedo son las emociones primarias del hombre primitivo, energías con las cuales tendrá que sobrevivir en sus circunstancias adversas en medio del peligro, como parte de la naturaleza que los sorprende con sus procesos (la lluvia, el aire, el día, la noche, el sol, el rayo, el eclipse, la flor que surge de la Tierra, el niño que surge del vientre de su madre...) sin comprender nada. Pero de las dos emociones, el miedo es lo primero, es la más primitiva de sus emociones, y desde ahí tendrá que interpretar el extraño mundo que lo rodea, sin saber nada porque no había conocimiento, ni el conocimiento se hereda.

El hombre aparece como un fantasma en medio de una naturaleza hostil, sin saber nada, sin comprender nada, sin haber participado jamás en su propio proceso. Es una especie animal más, resultado de la evolución dirigida por la Inteligencia del Universo. Jamás participó en nada. Aparece súbitamente al “*darse cuenta*” que está aquí. El miedo es el contenido de su vida, su coraza, su salvación, y desde ahí, desde el miedo, tendrá que relacionarse y comprender el muy extraño y fantástico espectáculo que la naturaleza pone ante sus ojos sorprendidos. Desde el miedo tendrá que aprender a vivir y a comprender la realidad en la que apareció.

Origen de los sobrenatural

Según la interpretación marxista de la historia, uno de los aspectos típicos de la sociedad primitiva es estar basada en una concepción ingenuamente materialista de la vida, de la naturaleza y de las relaciones sociales. Las necesidades elementales de los primeros grupos humanos, cuando los objetos eran de propiedad común y se desconocía la propiedad privada de los medios de subsistencia, eran todas igualmente satisfechas o insatisfechas.

Entonces, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres aparecían confundidas y una semejaba la continuación de la otra. Todavía no existía la idea de “*espíritu*” en oposición a la “*materia*”. El dualismo *alma-cuerpo* interviene posteriormente en el desarrollo de la sociedad como reflejo de la división que se produce en el modo de vivir de los hombres.

A medida que las nuevas relaciones de producción hicieron posible el dominio de una minoría, tal como sucede actualmente, se fue generando el dualismo de *clase dominante-clase dominada*, y también surgió la necesidad de compensar en otra esfera, en otro mundo y en otra vida, las necesidades que las injustas condiciones de vida ya no permitían satisfacer dentro del ámbito de la organización social existente. Surgió así la *otra vida*, el más allá, distinta de esta realidad, la vida después de la muerte, el paraíso celestial, pero no Aquí, no Ahora.

El animismo

El *animismo*, la creencia en lo sobrenatural, es lo que da a la religión su particular carácter ideológico, frecuentemente solidario con los intereses del poder. EL hombre, antes de reflexionar, antes de pensar, tuvo que vivir. Las formas más antiguas de religiosidad no son fruto de un proceso de racionalización sino el resultado de las débiles y contradictorias relaciones que se establecieron en la sociedad primitiva., luego de un largo período de propiedad comunitaria.

Para que el hombre pudiera aparecer como “*doble*”, cuerpo y alma, para llegar a concebir un principio misterioso que anima al cuerpo, posiblemente era necesario que hubiese tenido la experiencia de la fuerza vital que reside en su mano transformadora, y que transmite a los objetos a los cuales cambia de “*forma*”. Del mismo modo que la mano anima y cambia a la piedra, una potencia maravillosa, sobrenatural, parece transferirse desde los cuerpos inanimados hasta el mismo cuerpo del hombre.

El totemismo

El totemismo es la más antigua forma de religión que ofrece la historia. Es el culto de los animales o de las plantas, vinculado a la creencia en un parentesco entre el grupo humano y su tótem, y surgió después del animismo. La idea de descendencia domina las relaciones del hombre con su tótem.

El *tabú* de los animales, que implica en esencia la prohibición de matarlos, de comerlos, forma el núcleo del totemismo. A veces, en algunas tribus, la visión del cadáver del animal tótem obliga a guardar duelo. Ese animal, ¿no es acaso un pariente, un antepasado? Se entierra el cadáver del tótem con muchas ceremonias, costumbres que pueden persistir aun cuando la existencia de los grupos totémicos ha desaparecido. A partir de la idea de “*tótem*”, con el tiempo se desarrolla el culto de los animales, de las plantas y de los fenómenos naturales que condicionan la vida del hombre, tal como aparecen en los mitos de la creación en todas las culturas primitivas y en todas las religiones.

El ritual cristiano, por ejemplo, está lleno de símbolos y referencias a animales que pasaron a formar parte de la poesía, del arte cristiano y en

algunos casos de la misma elaboración teológica. El cordero y el buen pastor, el pez de los primeros apologistas, la paloma identificada con el “*espíritu santo*”, y el relato bíblico de la serpiente tentadora, son todos temas que hoy forman parte de la doctrina cristiana. El mismo pobre Diablo es representado como una bestia, con pezuñas, cola y cuernos.

Para explicarnos el nacimiento y la evolución de estos símbolos es necesario remitirnos a la etapa del totemismo:

“El totemismo es la primera forma de religión que la humanidad ha conocido en el período paleolítico inferior y a él es necesario referirse para explicar los otros ritos, mitos y costumbres de la comunidad primitiva desde la época del Neanderthal en adelante”.

Ambrogio Donini
Historiador

Causas objetivas y subjetivas de las religiones

Objetivamente, según el materialismo histórico, todas las creencias, religiones y dioses encuentran su explicación en las distintas formas de economía (esclavitud, feudalismo, capitalismo) y de relaciones sociales que los hombres experimentan. La religión no ha creado la idea de lo puro y de lo impuro, de lo sagrado y de lo profano, de lo lícito y de lo prohibido, sino que el mundo de los dioses, de los mitos y de los ritos, que se llama “*sagrado*”, es el reflejo de las relaciones de producción en la sociedad.

Todo sistema económico, con sus inherentes relaciones de producción entre seres humanos, se proyecta inevitablemente en el campo ideológico, en forma de filosofía, creencias, religiones y dioses. Y toda esta superestructura es *pensamiento*. Es el pensamiento acerca de la realidad objetiva social el que crea lo sobrenatural. A partir de cierta realidad social concreta, el pensamiento crea los dioses que son necesarios. Todo lo que no crea la naturaleza, lo crea el pensamiento. Es el pensamiento mágico el que crea los dioses.

Subjetivamente, en todos los tiempos el hombre ha estado sometido existencialmente a temores psicológicos, propios de su condición humana: la incertidumbre de no saber quién es, de dónde viene, ni para dónde va; la impermanencia de todo, porque todo cambia, todo empieza y termina, nada

permanece como es; la enfermedad posible y el dolor previsible de su cuerpo orgánico; y, finalmente, el miedo a la muerte.

Este *miedo psicológico*, propio de la condición humana, independiente de la cuestión social, también crea lo sobrenatural, el alma, el espíritu, los dioses, buscando alguna seguridad en algo, porque la mente humana tiene temor y terror de la incertidumbre.

De manera que, objetivamente, el *pensamiento* crea lo sobrenatural, y subjetivamente el *miedo* crea lo sobrenatural.

Pensamiento y miedo, esa es la esencia de los dioses.

El pensamiento sobre la realidad objetiva social y la emoción subjetiva del miedo crean los dioses.

Lo que el miedo nos hace

El miedo marchita la mente, distorsiona el pensamiento, conduce a toda clase de teorías extraordinariamente ingeniosas y sutiles, a supersticiones absurdas, dogmas y creencias sin fundamento en la realidad.

El miedo, de cualquier clase, engendra ilusión, embota la mente, la torna superficial, crea confusión, inhibición y autorrepresión. Donde hay miedo no hay libertad, y sin libertad no hay amor.

Todos tenemos alguna forma de miedo; miedo a la oscuridad, a la opinión pública, a las serpientes; miedo al qué dirán, miedo al dolor físico, miedo a la vejez; miedo a fracasar, a tener éxito, al pasado y al futuro; miedo a lo desconocido, a estar solo o acompañado, miedo a ser, a no ser, a llegar a ser; miedo a todo, miedo a la nada, miedo a la vida y miedo a la muerte.

Podemos ver lo que el miedo nos hace. Nos hace mentir, huir, atacar, sobreprotegernos, aislarnos, ensimismarnos; torna a la mente vacua, trivial, nos corrompe de distintas maneras: nos hace dependientes, autoritarios, controladores, codiciosos, manipuladores, perversos.

El miedo nos cubre el rostro con una máscara que no reconocemos, y desde ella nos relacionamos con el prójimo, que sí la reconoce.

La autoprotección física, el impulso instintivo a mantenernos lejos de ciertos animales, de retroceder ante el precipicio, de evitar consumir sustancias desconocidas... es cuerdo, normal, sano, necesario para proteger la vida. Eso, que suele denominarse *miedo*, no es realmente miedo, sino el instinto a la autoprotección física, el instinto de la vida en acción. No es miedo, sino instinto de vida.

Pero estamos indagando en el *miedo psicológico*, aprendido por la mente, que es la autoprotección psicológica que nos hace tener miedo de la enfermedad que aún no tenemos, miedo de la noche, de enemigos imaginarios, a que me digan que sí, o que no; miedo a los muertos, a los vivos, a los espíritus, a las almas del purgatorio, a los fantasmas sin rostro; miedo a lo que va a pasar, sin que haya pasado; miedo a no lograr mi propia realización personal; miedo a la incertidumbre de la vida y a la certeza de la muerte... sin haber muerto. Miedo a todo, miedo a nada, miedo a la nada...

¿Puedo liberarme de todo eso? ¿Cómo? Lo importante no es hacerse esa pregunta, un tanto ingenua, porque supone que la mente, que es el miedo, puede liberarse del miedo, que es la mente. ¿Puede la mente miedosa liberarse de la mente miedosa? ¿Puede el yo-miedoso liberarse del yo-miedoso? ¿Puede el hambre liberarse del hambre?

¡No podemos liberarnos del miedo por un acto de la voluntad! Eso puede ser reprimirlo, evadirlo, racionalizarlo, pero no es liberarse del miedo. Lo que sí es posible e inmediato es *observarlo* en acción, y entonces una transmutación energética es posible, porque la observación transforma lo observado, y la comprensión libera de lo comprendido.

El miedo es el impulso que origina la búsqueda de algún Dios, de un Maestro, de un gurú, de un sacerdote, de un espiritista, de algún brujo que nos diga lo que debemos hacer con nuestra vida. Cuando nos dan una lista de mandamientos de cómo deben ser las cosas, los miedos se apaciguan aunque no se cumplan los mandamientos, como sucede con los 10 mandamientos enviados por Jehová.

Usted no puede extirpar el miedo sin descubrir su nexos con el pensamiento que lo precede. Tras el miedo psicológico está oculto un pensamiento negativo acerca de la realidad. El pensamiento y el miedo, juntos, crean lo sobrenatural, los dioses.

¿Nos aterroriza un hecho, o la idea acerca del hecho? ¿Tenemos miedo de la realidad tal como es, o lo que pensamos que ella es? Tomemos, por ejemplo, la muerte. ¿Nos aterra el hecho de la muerte, sin haber muerto, o la idea de la muerte? El hecho es una cosa y la idea respecto del hecho es otra. ¿Tengo miedo al *pensar* en la muerte? Hágase esta misma pregunta aplicada a cualquiera de sus miedos.

A causa de que tengo miedo de la palabra, de la idea, jamás miro el hecho, jamás miro la realidad. Vivo en el pensamiento acerca de la realidad, alejado de la realidad, sin contacto existencial con la realidad, y esta actividad inconsciente crea el miedo.

La realidad y lo que pienso de la realidad son dos cosas muy diferentes. La realidad es un hecho, es así, tal como es, pero lo que pienso de esa realidad es una significación egocéntrica que produce miedo.

La *observación* del pensamiento lo disuelve en la nada, me libera de él; es un camino libertario. Y al disolverse, puedo conectarme con la realidad, percibirla, verla tal como es, sin necesidad de ideas acerca de ella, sin adjetivos, sin asignarle ninguna significación, sin interpretaciones.

La percepción pura de la realidad, Aquí-Ahora, es la vía directa, inmediata, que margina todo pensamiento y excluye todo miedo.

Sólo cuando estoy en comunión directa con el hecho, con lo que sucede, con la realidad, cualquiera que sea, no hay miedo, porque no hay pensamiento egocéntrico acerca de esa realidad.

Si no estoy en contacto consciente con el hecho, en comunión consciente con la realidad que sucede de instante en instante, entonces hay pensamiento acerca del hecho, y ese pensamiento es miedo; ese es el miedo que precede a lo sobrenatural, a las creencias, a las supersticiones, a los dioses.

El pensamiento es un velo egocéntrico con el que cubro la realidad, crea el miedo y engendra lo sobrenatural, la creencia en los dioses:

“Un hombre que cree en Dios, jamás puede encontrar a Dios. Si usted está abierto a la realidad, no puede “creer” en la realidad. Si está abierto a lo desconocido, no puede haber

creencia en lo desconocido. Al fin y al cabo, la creencia es una forma de autoprotección, y sólo una mente trivial puede “creer” en Dios.

Krishnamurti

El retorno de la física cuántica al misticismo

Cuando menciono al “misticismo oriental” me refiero a las filosofías religiosas del Budismo, el Taoísmo, el Zen, el Yoga, el Tantra y el Sufismo, entendida la palabra “*religión*” como la “*unión de todo con todo*”, que es su sentido original.

A partir del asombroso siglo XX, la física moderna nos lleva a una visión del mundo que es muy similar a la de los místicos de todas las épocas y tradiciones. Los paralelismos con la física cuántica aparecen en los Vedas, literatura sagrada de la religión védica, en la India, cuyo origen se pierde en el remoto tiempo; se encuentran en todo el Tao Te Ching, escrito por Lao-Tse unos 500 años a.C.; en fragmentos de Heráclito, en la Grecia clásica, quien afirmó que “*nadie puede bañarse dos veces en el mismo río*”; en los sutras del Budismo, contemporáneos de Lao-Tse; en el sufismo de Ibn Arabi y en las enseñanzas del brujo yaqui don Juan.

La diferencia entre Oriente y Occidente se encuentra en que en este último las escuelas místicas siempre han desempeñado un papel marginal, mientras que en Oriente constituyen la corriente principal del pensamiento filosófico y religioso. Occidente, desde los griegos clásicos, ha crecido psíquicamente a partir de la fe y la razón; por el contrario, el Oriente místico ha buscado profundizar en sí-mismo, en procura de la Conciencia que es la esencia de Todo.

Al conducirnos hoy a una visión de la realidad esencialmente mística, la física está regresando a sus comienzos de hace 2.500 años en Grecia, para reencontrarse con los principios filosóficos de la Escuela de Mileto, promovidos por Tales de Mileto y Heráclito de Éfeso.

Es interesante seguir la evolución de la ciencia occidental a través de su camino espiritual, partiendo de las filosofías místicas de los griegos clásicos, haciendo una pausa en el oscurantismo religioso del medioevo, retomando luego su ritmo vertiginoso de desarrollo intelectual desde el renacimiento,

separándose cada vez más de sus orígenes místicos con Galileo, Descartes y Newton, hasta llegar a desarrollar una visión mecanicista del Universo en contraste con la del lejano y místico Oriente.

Ahora, a partir de Faraday, Maxwell y Einstein, y durante todo el siglo XX, la ciencia occidental está finalmente superando esta limitada visión y regresando a la visión de los antiguos griegos y a la de las filosofías orientales. Esta vez, sin embargo, los científicos no se basan sólo en su intuición, como sucedió con todos los Maestros de todos los tiempos, incluido Jesucristo, sino además en un riguroso empirismo de laboratorio y en un consistente formulismo matemático. La ciencia de hoy se apoya en esta tríada: observación, hipótesis, constatación, que es el mismo método utilizado en la investigación mística dentro de sí mismo.

El monismo de la Escuela de Mileto en Grecia

Las raíces de la física, como las de toda la ciencia occidental, se hallan en el primer período de la filosofía griega, en el siglo VI a.C., en una cultura en la que no existía separación alguna entre ciencia, filosofía y religión. Los sabios de la Escuela de Mileto no se preocupaban de estas distinciones. Su finalidad era descubrir la naturaleza esencial, real de las cosas, que ellos llamaron “*físis*”.

El término “*física*” se deriva de esta palabra griega y, por lo tanto, inicialmente significaba el empeño por conocer la naturaleza esencial de todas las cosas. Esta, desde luego, es también la finalidad central de todos los místicos y la filosofía de la Escuela de Mileto poseía ese fuerte aroma místico.

Los de Mileto fueron llamados “*hilozoístas*”, los que creen que la materia está viva, porque no veían diferencia alguna entre lo animado y lo inanimado, entre espíritu y materia. Consideraban que todas las formas de existencia eran manifestaciones de la “*físis*”, dotadas de vida y de espiritualidad. Este era el monismo de los de Mileto: que materia, vida y espíritu eran una unidad indisoluble.

Así, Tales declaró que todas las cosas están llenas de dioses y Anaximandro vio el Universo como una especie de organismo sostenido por el aliento cósmico, del mismo modo que el cuerpo humano se encuentra

sustentado por el aire. Para los de Mileto Todo era Uno, Todo estaba vivo, todas las cosas del Universo estaban llenas de espíritu, llenas de dioses.

Esta visión monista y orgánica de los filósofos de Mileto se encontraba muy cercana a las antiguas filosofías de China e India, y estos paralelismos con el pensamiento oriental se acentúan aún más en Heráclito de Éfeso, quien creía en un mundo en perpetuo cambio, en un eterno “*devenir*”, tal como lo corrobora la física cuántica de hoy. Para él todo ser estático estaba basado en un error de apreciación, y su principio universal era el fuego, símbolo del flujo continuo y del cambio de todas las cosas.

La Escuela de Elea y el “Dios” de Occidente

La Unidad de Todo predicada por los de Mileto comenzó a quebrarse con la Escuela de Elea, en la misma Grecia, que asumió la existencia de un principio divino que prevalecía sobre todos los dioses del politeísmo y sobre todos los hombres. Este “*principio divino*” es el origen del “*Dios*” único de Occidente, que empezó siendo un *pensamiento* filosófico y no un hecho descubierto.

Inicialmente se identificó a este principio con la unidad del Universo, pero luego se consideró que era un dios inteligente y personal que gobierna y dirige el mundo. Así comenzó una tendencia de *pensamiento* que llevó finalmente a la separación entre espíritu y materia, y a un dualismo que se convirtió en la característica de la filosofía occidental, cuyo punto más radical fue Descartes en el siglo XVII.

¡Así, había nacido el “*Dios*” de Occidente, siglo V a.C., a partir del pensamiento filosófico de la Escuela de Elea, en la Grecia clásica!

¡Dios empezó siendo un *pensamiento* filosófico!

Parménides de Elea, cuyo *pensamiento* era totalmente opuesto al de Heráclito, dio un paso decisivo en la dirección del monoteísmo, el reino del “*Dios*” único. Llamó a su principio básico el Ser y sostuvo que era el único invariable. *Opinó* que el cambio era imposible y afirmó que los cambios que creemos percibir en el mundo son meras ilusiones de los sentidos.

“A partir del pensamiento filosófico de Parménides, el concepto de una sustancia indestructible que presenta propiedades variables fue creciendo, hasta llegar a convertirse en uno de los conceptos fundamentales del pensamiento occidental”.

Charles Hainchelin
Historiador

Entonces, según los historiadores críticos de las religiones, podríamos afirmar que Parménides de Elea es el padre de Dios, que la *idea* de un Dios único empezó siendo un *pensamiento* filosófico, y que tal vez continúa siéndolo.

Luego de 25 siglos después de los griegos clásicos (Platón, Sócrates, Parménides) y debido a ellos, Occidente continúa mentalmente apoyándose en la razón, para explicarlo todo, y en la fe para *creer* en Dios. La mente de Occidente *crea* en lo sobrenatural, pero no busca el misterio esencial que está oculto en todo, como si la realidad no ocultase ningún misterio. Einstein decía que:

“Se puede vivir la vida de dos maneras: como si todo fuera un misterio o como si nada fuera un misterio.”

Para Oriente, la realidad oculta un misterio, que se puede develar conscientemente. Para Occidente, nada es un misterio. Cuando usted cierra los ojos está en Oriente, cuando los abre está en Occidente, mirando hacia fuera, como si esa fuese la única realidad. Si usted sólo mira hacia afuera hay un error en su mirada.

Creencias y religiones

“Un hombre que cree en Dios, jamás puede encontrar a Dios. Si usted está abierto a la realidad, no puede “creer” en la realidad.”

Krishnamurti

La mente al creer...crea, y luego adora lo que creó.

Es la paradoja del absurdo, mientras su patológico “yo” carcome su espacio interior.

La religión, tal como la conocemos, es una serie de creencias mentales, dogmas, rituales, supersticiones, mitos fantásticos, adoración de ídolos, de amuletos, de símbolos y gurús que le llevarán a donde su mente quiera ir como meta final.

Su creencia, creada por usted para usted, es su verdad suprema, es su propia proyección de lo que desea y teme, lo que le hará feliz más allá de “*este valle de lágrimas*”, lo que le da certidumbre acerca de su inmortalidad.

Así, la mente atrapada en todas estas cosas crea una religión, una religión de dogmas, de prácticas sacerdotales, de lugares sagrados, de libros inspirados por los dioses; en eso está usted atrapado, su mente se atrofia, se paraliza, se estanca, gobernada por su enfermizo y amado “yo” que no comprende nada esencial.

La creencia, que es pensamiento, lo aleja de la realidad, de la Verdad, del misterio de la existencia, que está dentro de su Ser interior.

Esto mismo fue dicho por Jesucristo, a su manera, pero la humanidad no ha comprendido la enseñanza:

“El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está dentro de vosotros.”

Lucas 17, 21
Biblia

Usted tiene que descubrir qué es la Verdad que está dentro de su Ser, en su interior, porque eso es lo único que importa, no si es rico o pobre, si es erudito, si está felizmente casado y tiene hijos, porque todo eso tiene un final, todo eso tarde o temprano termina, porque nada es para siempre. Todo lo que empieza... termina. Todo tiene su final... excepto la Esencia de Todo.

Por lo tanto, sin ninguna forma de creencia, sin creer en absolutamente nada, debe descubrir la Verdad dentro de sí-mismo; debe tener el rigor, la confianza, la iniciativa, la decisión, la necesidad, como para descubrir por sí-

mismo, dentro de sí-mismo, qué es la verdad que está oculta en todo. Si quiere llamarla “Dios”, llámela “Dios”. Prefiero llamarla la Conciencia pura.

Pero la creencia no le dará nada, porque es sólo un pensamiento alucinado en una superstición creada por la mente. La creencia atrofia, ata, oscurece, limita, impide la búsqueda y el encuentro con la Verdad, con la Realidad, con el Misterio que permanece oculto en Todo.

La religión y las religiones

Es necesario preguntarnos: ¿Está la Verdad en las religiones, en las teorías, en los ideales, en las utopías, en las creencias?

La *religión* y las religiones son dos conceptos muy diferentes, que es necesario comprender bien.

Etimológicamente la palabra “*religión*” es equivalente a la palabra “*yoga*”: volver a unir, la unión de todo con todo, la búsqueda de la unión interior.

La palabra “*religiones*” se refiere a las instituciones organizadas, como el judaísmo, el hinduismo, ciertas formas del budismo, el islamismo o el cristianismo, que son todas creencias organizadas, con sus propiedades, su propaganda, su proselitismo, sus profetas, sus intereses políticos, sus tradiciones, y sus sacerdotes que instruyen a sus fieles acerca de lo que deben creer.

¿Hay alguna Verdad en la religión organizada? La “*religión*” es la búsqueda de la Verdad y las religiones son la fe y adoración de sus propias creencias, cada una a su manera excluyente.

Usted es musulmán, yo soy hindú, otro es judío, el otro es cristiano, y reñimos, peleamos, nos matamos entre nosotros, como ha sucedido durante miles de años. ¿Puede haber alguna Verdad en ese sectarismo? ¿Existe alguna Verdad en alguna de las religiones organizadas, cuyo fundamento es la creencia en lo sobrenatural, siendo la creencia un proceso de la mente? ¿Acaso la Verdad, la Realidad, surge de la mente condicionada por la naturaleza y por la sociedad?

Estamos tan absolutamente condicionados para pensar, condicionados por la religión organizada, por la cultura, por la sociedad, que creemos inconscientemente que en ese condicionamiento domesticador está la Verdad. El hombre es un animal domesticado por la religión y la cultura, para que sirva a los intereses de la clase dominante.

¿Busca la Verdad? Desde ese estado es imposible encontrarla. Para encontrar a Dios, para dar con la Realidad, para develar el Misterio oculto en Todo, para activar estados superiores de Conciencia pura, tiene que haber libertad para indagar. Si no hay libertad para *descubrir*, su mente siempre encontrará lo que su creencia necesita encontrar. Su creencia determina lo que su mente debe afirmar. Su mente está condicionada, absolutamente condicionada, por las creencias que ella misma creó para ella.

Sólo cuando estamos libres del “yo”, libres de toda creencia, libres de todo condicionamiento, podemos descubrir la Verdad de la Realidad, no cuando estamos presos en manos de alguna religión organizada, con su idolatría por las imágenes y sus ritos que los fieles no comprenden.

¿Hay verdad alguna en las teorías, en los ideales, en los mitos, en las utopías, en las creencias? ¿Por qué tiene usted creencias? Es obvio; porque las creencias le brindan seguridad, consuelo, certidumbre, una guía. En sí mismo está atemorizado, tiene miedo de la muerte, necesita que se le proteja, quiere apoyarse en alguien, en algo, porque su mente tiene terror de la incertidumbre.

Por lo tanto, crea el ideal, crea la creencia, crea la religión, crea lo sobrenatural, se niega a abandonar el pensamiento mágico, todo lo cual le impide comprender y descubrir *lo que es*, Aquí, Ahora. La creencia es la negación de lo Real, y es un obstáculo para descubrir la Verdad, que está dentro de su cuerpo, dentro de su Ser actual.

San Pablo, uno de los más grandes personajes del cristianismo, ratifica este hecho:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es un templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

I Corintios 6, 19
Biblia

Entonces, ¿qué es Dios?

Quien pretenda responder racionalmente a esta pregunta está emitiendo un *concepto* personal. Entonces debemos investigar qué entendemos por *concepto*, qué es el proceso del pensar, porque cuando formulamos un concepto, por ejemplo de Dios, ese concepto es necesariamente el resultado de nuestro condicionamiento mental.

Si creemos en Dios, nuestra creencia es el producto del medio en que vivimos. Están los que desde la infancia han sido educados para negar a Dios, y están los que han sido educados para creer en Dios. Así formulamos un concepto de Dios conforme a nuestra educación, a nuestra idiosincrasia, a la familia, a la cultura imperante, a nuestras esperanzas y temores.

Entonces, mientras no comprendamos el proceso de nuestro propio pensar, los conceptos de Dios no tienen, en absoluto, ningún valor, porque el pensamiento puede proyectar cualquier cosa que quiera imaginar. Puede creer o negar a Dios. Puede inventar o destruir a Dios de acuerdo con su “yo” circunstancial, su conveniencia, su necesidad egocéntrica de “*tener la razón*”.

Por lo tanto, mientras el pensamiento esté activo, opinando, inventando, jamás podrá ser descubierta la Verdad, la Realidad que está más allá del tiempo y de las formas manifestadas.

Dios, la Verdad, la Realidad, el Misterio, la Conciencia, como quiera denominarlo, sólo puede revelarse cuando el pensamiento ha finalizado.

La Verdad no puede ser explicada, no puede ser racionalizada, porque es un hecho que trasciende los muy restringidos límites de la mente que opina. No puede ser reducida a una opinión mental, pero puede ser vivenciada en el espacio de una mente sana de patologías emocionales, vacía de imágenes del pasado y silenciosa de todo pensamiento.

Buscando seguridad en Dios

En la actualidad, cuando la inseguridad externa es cada vez mayor, hay un mayor deseo vivo de seguridad interna. Dado que no podemos encontrar la seguridad afuera, la buscamos en una idea, en el pensamiento, y así creamos

lo que llamamos Dios; y ese concepto se convierte en nuestra seguridad. Ahora bien, una mente que busca seguridad encontrará la seguridad imaginada, pero nunca podrá encontrar lo Real, lo verdadero que está oculto en Todo.

Para que podamos vivenciar aquello que trasciende el tiempo, tienen que llegar a su fin las creaciones del pensamiento, porque el pensamiento es tiempo. El pensamiento no puede existir sin palabras, símbolos e imágenes. La mente es el resultado del tiempo, se basa en los recuerdos del ayer. Todos los contenidos de la mente, que generan el pensamiento, son los residuos del ayer, viejos, imágenes deformadas de lo que sucedió.

De manera que cualquier opinión acerca de Dios es de origen mental, es un pensamiento condicionado, sin valor alguno, fácil porque surge de la ignorancia, infantil, inmadura, inútil; surge del pensamiento mágico.

Crear o no creer en Dios

Crear en Dios o no creer en Dios es lo mismo, porque las dos opiniones son productos del pensamiento. Cuando usted niega la existencia de Dios... está pensando en el Dios que niega.

Crear y descreer es un proceso de la ignorancia, mientras que *comprender* la cualidad temporal del pensamiento trae libertad... para descubrir lo que es la Verdad dentro de sí-mismo.

Para que podamos *descubrir* qué hay más allá del tiempo, el pensamiento egocéntrico debe terminar, y eso es algo difícil porque la terminación del pensamiento no llega mediante la disciplina, el control, la negación o la represión.

El pensamiento cesa sólo cuando lo observamos en acción, sin juicio alguno; sólo cuando comprendemos todo el proceso del pensar, y para comprender el pensar tiene que haber conocimiento propio, conocimiento de sí-mismo, que es el principio de la sabiduría.

El pensamiento es el “*sí-mismo*”, es la palabra “*yo*”, es el posesivo “*mi*”. Pero ese amado “*yo*” es muy complejo, está compuesto de muchos pensamientos, cada uno en frecuente contradicción con los otros.

Para descubrir la Verdad de la Realidad tiene que haber una constante percepción pura y alerta de todos ellos, una percepción en el momento presente, sin opiniones, sin juicios, sin procesos racionales de ningún tipo; o sea, tiene que existir la capacidad de ver las cosas “*tal como son*”, sin distorsionarlas ni interpretarlas.

Para descubrir la *Realidad* que está oculta en todo, es necesario percibir la realidad que sucede “*tal como es*”, sin un solo pensamiento; no puede haber creencia alguna, porque la aceptación o el rechazo son impedimentos para el descubrimiento de la Realidad.

No sabemos qué es Dios, qué es la Realidad, pero podríamos descubrirla en la profundidad de sí-mismo, en la profundidad de su Ser actual, comprendiendo “*lo que es*”, sin un solo pensamiento, sin buscar nada, sólo percibiendo lo que soy en este instante.

No se trata de buscar, sino de encontrar

Si usted busca algo con su mente, va a encontrar ese algo, porque ese algo condiciona su búsqueda. Si usted *busca* a Dios, su mente lo va a crear, lo encuentra, y luego lo adora.

¿Por qué buscamos? Se trata, esencialmente, de un desencanto con la vida que vivimos. Uno dice que “*la vida es tan vulgar, vacua, torpe, estúpida; tiene que haber algo más; iré a esa iglesia a buscar a Dios*”. ¿Qué va a encontrar ahí? Imágenes “*sagradas*”, ritos, ceremonias “*sagradas*”, retórica sacerdotal “*sagrada*”. ¿Pero dónde está Dios? Nada de eso es la Verdad esencial, ni la Realidad fundamental de la existencia.

Y entonces, cuando se desencanta de buscar a Dios en los templos, descarta todo eso y comienza a *buscar* dentro de sí-mismo, desde su mente pensante. ¿Ve la posibilidad? Toda búsqueda, en cualquiera de sus formas, se vuelve un impedimento psicológico para encontrar la Verdad. Si usted *busca*, va a encontrar lo que busca que es una ilusión de su mente.

Es necesario comprender que tanto la búsqueda externa como la búsqueda interna conducen a la autocomplacencia, a satisfacer los deseos y la necesidad de algo sobrenatural.

Uno puede descartar objetivamente la autoridad de cualquier agente externo que pretende conducirnos hacia la Verdad mediante ciertos métodos, tales como repetir un “*mantra*”, contar las respiraciones, ayunar, etc. Pero es necesario hacer lo mismo con todas las búsquedas: descartarlas, porque hemos comprendido su naturaleza mental ilusoria.

¿Qué es lo que buscamos? ¡Lo que ya conocemos! Veamos esto. Cuando uno encuentra lo que busca debe ser capaz de reconocerlo, de lo contrario no tiene sentido el buscar; pero el reconocimiento es la acción de la mente, lo cual implica que uno ya conocía lo buscado; ya conocía lo supuestamente desconocido, porque la mente lo había creado antes de iniciar la búsqueda. La mente encuentra lo que busca, previamente imaginado, y eso no es lo Real, eso no es la Verdad.

Por consiguiente, cuando usted está **buscando** algo, ya tiene un concepto, una idea de lo que busca; y cuando lo encuentra y lo reconoce, significa que ya lo conocía porque de otro modo no podría reconocerlo.

Toda *búsqueda* significa que usted, consciente o inconscientemente, ya determinó qué va a buscar. Por esta razón lo que encuentra no es verdadero, no lo es en absoluto.

Simplemente, si usted *busca*... encontrará lo que busca.

¿Se puede buscar lo desconocido? ¿Quién busca qué? ¿El “yo”, que es una patología de la mente, puede buscar a Dios? ¿El “ego”, que es lo conocido, puede buscar lo desconocido? A menos que sepa lo que está buscando, ¿cómo va a encontrarlo? ¿Cómo va a buscar lo que no conoce?

En este tipo de búsqueda ciega hay algo imposible, pero su mente busca en la oscuridad y se complace en hacerlo, aunque nunca encuentra lo que necesita encontrar, pero siempre encuentra lo que desea encontrar.

El hombre padece la enfermedad del buscar a Dios en el cielo, fuera de sí-mismo, como una entidad antropomórfica, con barba y bigote, que está fuera del Universo, gobernando todo.

El buscar es una patología del hombre inconsciente de sí-mismo. No le permite estar Aquí-Ahora, porque el buscar siempre le lleva a alguna otra parte, siempre lo saca del Aquí-Ahora-Esto, que es la realidad que sucede de instante

en instante, y lo conduce a la irrealidad del allá-después-eso, que es ilusión de su mente.

El buscar es un deseo de su mente. Su mente supone que en alguna parte está el Dios que necesita para apaciguar su miedo; pero no aquí, no dentro de usted, no donde usted está. El buscador encuentra lo que busca, pero nunca encuentra lo que su Ser necesita encontrar, porque está oculto dentro de sí-mismo, como la perla dentro de la ostra.

¡El buscador es lo buscado!

En realidad usted no necesita buscar nada, porque usted ya *ES*, en la profundidad de su *Ser* actual, pero no es consciente de esta Realidad esencial.

Usted necesita activar la conciencia de sí-mismo.

El factor primario de su creación es su estado de conciencia actual, sin importar lo activo que usted sea en su búsqueda; su estado de conciencia crea su mundo; y si no hay cambio en ese estado interior, ninguna cantidad de búsqueda producirá ninguna diferencia. Sólo recreará versiones diferentes del mismo mundo que su ego refleja.

Dentro del marco de su inconciencia actual, usted siempre encontrará al Dios que su inconciencia necesita encontrar.

Ni el miedo, ni la creencia, ni la búsqueda de lo desconocido le permitirán encontrar la *Realidad* que está oculta en Todo, oculta en su cuerpo, oculta en su ser actual.

El miedo crea los dioses

¿Se puede dominar el miedo? ¿Eliminarlo mediante un acto de la voluntad? ¿Ignorarlo? ¿Reprimirlo? ¿Qué hacer con esa poderosa energía que me posee, me domina, me condiciona?

No es posible eliminarlo, ni controlarlo, ni dominarlo, porque el “yo” es el miedo, y ese “yo” miedoso no puede controlar al “yo” miedoso, pero es posible observarlo... percibirlo... comprenderlo... vivenciarlo... hasta descubrir la energía pura y la Conciencia que están en su esencia.

Si no lo observo, el miedo me posee.

Si lo *observo*, me separo de él.

Si lo *percibo* me acerco amistosamente a su energía y sus formas de manifestares.

Si lo *comprendo*, me libero de él.

Si lo *vivencio*, descubro la Conciencia que está oculta en esa energía.

Pero, mientras no descubra que este proceso constituye la magia de la mutación, que transforma todas las “*formas*” manifestadas en su esencia más profunda, usted es un poseso del miedo, y el miedo es la causa de su Dios.

¿Cómo empezó su Dios personal? Un niño es débil, vulnerable, inseguro y, por lo tanto, comienza a defenderse creando una armadura para protegerse. Por ejemplo, cuando tiene que dormir solo en la oscuridad, siente miedo, pero tiene a su osito de peluche que lo acompaña y disipa su miedo y su soledad. El niño crea ositos de peluche psicológicos para protegerse de su propio miedo.

¿Y un adulto inconsciente? Aunque una persona adulta, inconsciente, piense que no utiliza ositos contra sus miedos, se equivoca, ¿Qué es su Dios? Su osito. A causa de sus miedos, el ser humano ha creado una figura paterna omnipresente, que supuestamente está a su lado en todo tiempo y lugar. Cree que si tiene suficiente fe en lo que cree, él lo protegerá.

Pero la idea misma de protección, de necesitar quién lo proteja, es infantil. Que lo protejan de qué. ¿De su soledad interior? ¿De su incertidumbre? ¿De la impermanencia de todo? En vez de asumir su soledad interior como un hecho existencial, se ampara en la sombra misteriosa de un dios omnipresente que su mente creó... porque no comprende el hecho de la soledad. Pero una persona que trasciende sus miedos psicológicos y activa la conciencia de sí-mismo, asume su soledad interior como un hecho real, porque así es la realidad, y la observa, la percibe, la acompaña, la comprende, profundiza en ella, la ama; este es el sendero que conduce a liberarse del miedo y a descubrir el Misterio que la soledad oculta.

Proceder similar es válido para la incertidumbre de la vida, que es una ley de la vida, porque nadie sabe lo que pasará en el siguiente instante. Igual proceder es válido para la impermanencia de todo, que es otra ley esencial de la vida, porque nada permanece como es, todo cambia de instante en instante, todo lo que empieza termina, todo es y deja de ser en el mismo instante, nada es lo que parece ser, nada es porque todo es un proceso perpetuo de cambio. La transformación de todo, de instante en instante, es una Ley del Universo.

¿Cómo sería su vida en ausencia del miedo? Al abandonar conscientemente su osito, que es su armadura para defenderse, podría comenzar a vivir en el amor, en la relación sin conflictos, en un estado de comprensión de la realidad *“tal como es”*, en la compasión, receptivo y perceptivo de los procesos de su cuerpo, su emoción y su mente, como una persona adulta y madura que busca descubrir qué es su Esencia... en su propio Ser.

Dios no cabe en la mente

Recuerdo una historia que se atribuye a San Agustín:

“Venía el santo caminando por una playa y encontró a un niño echando agua del mar en un pequeño balde. Le preguntó: ¿Qué haces? El niño respondió: “Estoy tratando de meter el mar en este baldecito, pero parece que no se puede.”

“En ese momento, dijo San Agustín, comprendí que Dios no cabe en la mente.”

Independientemente del nombre que le pongamos -Absoluto, Verdad, Realidad, Conciencia- Dios debe ser Infinito, Eterno, Informe, Inconmensurable, Omnipresente, Esencia de todo...

Convenida esta definición tan racional es necesario preguntarnos: siendo la mente limitada, temporal, condicionada, compulsiva, obsesiva, ignorante, saturada de contenidos vanos, ¿Puede encontrar a Dios? ¿Puede albergar a Dios? ¿Puede comprender a Dios? ¿Puede descubrir a Dios? ¿Puede vivenciar a Dios? ¿Puede meter a Dios en ese pequeño y deteriorado espacio interno? ¿Se puede?

Todos éstos parecen propósitos desquiciados de la mente, deseos fantásticos, alucinaciones piadosas, porque la mente suele engañarse a sí misma muy fácilmente. Recuerde que, según la neurología, lo que el cerebro imagina es la realidad para él. Lo que él cree... es.

El cerebro no distingue entre lo que visualiza y la realidad. Si imagina a Dios con figura de hombre, así es Dios para su cerebro, sin importar cuál sea la Realidad o la Verdad. Para su cerebro Dios es como lo imagina, pero eso no es Dios, sólo imaginación, pensamiento mágico, el reflejo de su miedo.

Según el misticismo de Oriente, para vivenciar realmente aquello que puede ser llamado Dios, la mente debe estar completamente sana de emociones patológicas, vacía de imágenes del pasado y silenciosa de todo pensamiento. En ese espacio interno, que es "*un campo informe de bienaventuranza*", podría manifestarse el Misterio oculto en Todo, la Verdad, la Conciencia pura.

Ese estado de la mente es la condición para la revelación, para la epifanía del Misterio que está oculto en su *ser* actual, para que su esencia más profunda se manifieste. Ese estado de la mente quieta, sana, vacía y silenciosa, para que la Conciencia sea, es el propósito del Trabajo Interior a partir de lo que usted es ahora. Sólo entonces sería posible vivenciar aquello que puede ser llamado Dios.

¿En qué consiste el Trabajo Interior?: observar, percibir, comprender, vivenciar, cada proceso de su cuerpo, cuando está sucediendo... cada proceso de sus emociones, cuando está sucediendo, cada proceso de su mente, cuando está sucediendo... sin un solo pensamiento.

Así va abriendo la ventana interior para que entre el Sol de la verdad. Este es el propósito que le da sentido a la vida:

Abrir la mente... para que el Misterio sea.
Aquietar la mente... para que la Verdad sea.
Vaciar la mente... para que la Realidad sea.
Silenciar la mente... para que Dios sea.
Entregarse... a lo inconmensurable.
Disolverse... en un océano de Conciencia Absoluta.
Ser... Eso... Ser... Eso... Ser...

¿Existe, realmente, algo que sea sagrado?

¿La vida tiene alguna significación? No la vida que uno lleva, que puede tener muy poco sentido, sino la vida misma, la vida de todos los organismos vivos.

Confrontados con nuestra propia vida, damos un *significado* intelectual a la vida, un significado teórico, o místico: la sublimamos. Tratamos de encontrarle una significación profunda, inventarle alguna honda razón vital, intelectual, misteriosa, sobrenatural, como cuando afirmamos que la vida es eterna, sagrada. ¿La vida es *sagrada*?

Me parece que valdría mucho más la pena si pudiésemos descubrir por nosotros mismos, no emocional ni intelectualmente, sino *realmente*, como un hecho, como algo real, si en la vida existe algo verdaderamente sagrado, que trascienda el tiempo, el espacio, la mente y la vida misma. No las invenciones de la mente, que han asignado un sentido de santidad a la vida, sino si realmente existe tal cosa.

Es decir, no es importante si la vida es sagrada o no lo es; lo importante es descubrir si en la vida hay algo realmente sagrado. Porque en este transitar se observa que en la vida vana que llevamos -los negocios, el dinero, la competencia, la soledad, la ansiedad, la codicia, el odio, el conflicto-, hay muy poco sentido y nada de sagrado. Vivir cincuenta años en una oficina, haciendo negocios, acumulando dinero, consumiendo frivolidades, con la rutina, el hastío y la soledad que eso implica, tiene muy poco sentido.

Dándonos cuenta de esta situación alucinada, tanto en Oriente como en Occidente, asignamos entonces *significación* y mérito a un símbolo, a una idea, a un Dios; es obvio que toda significación es una invención de la mente, pero no es la Realidad.

En Oriente han dicho: “*La vida es una unidad, no mates, Dios existe en cada ser humano, no destruyas.*” Pero al minuto siguiente están destruyéndose los unos a los otros, de hecho, en las guerras, mediante el terrorismo, en los negocios, verbalmente; por lo tanto, esta idea de que la vida es una unidad, que es eterna, que es sagrada, es sólo una idea que tiene muy poco valor.

También en Occidente, al darnos cuenta de lo que la vida es en realidad -la agresión, la despiadada competencia de cada día, la brutalidad, la crueldad

de unos contra los otros, el desprecio por el prójimo-, asignamos significación a unos símbolos: la cruz, la Biblia, las iglesias, los sacerdotes, los dioses... Esos símbolos sobre los que se basan todas las religiones se consideran muy sagrados.

Es decir, los teólogos, los sacerdotes, los santos que han tenido sus experiencias peculiares, han asignado significados a sus vidas y a la vida, y nosotros aceptamos esos significados a causa de nuestra ignorancia, de nuestra ansiedad, de nuestro temor ante la incertidumbre, de nuestra soledad, de nuestra rutina cotidiana que tiene tan poco sentido.

Si pudiésemos desechar todos los símbolos, todas las imágenes, todos los íconos, todas las ideas sobrenaturales propias del pensamiento mágico, todas las creencias y todos los dioses que hemos elaborado en el curso de los siglos y que hemos considerado sagrados, si de verdad pudiéramos librarnos de todas esas extrañas invenciones, entonces quizás podríamos preguntarnos: ¿existe, realmente, de hecho, algo verdadero, algo realmente sagrado que trascienda el tiempo, el espacio, la mente y la vida?

Porque eso es lo que realmente el hombre ha estado buscando en medio de todo este alboroto, en medio de la desesperación, del miedo, de la falta de sentido, de la muerte. El hombre siempre ha estado buscando de distintas formas algo que, en su sentir, debe estar más allá de lo transitorio, más allá de la corriente del tiempo. ¿Podríamos abandonar un poco la idolatría por los símbolos e investigar esto tratando de descubrir, por nosotros mismos, dentro de nosotros mismos, si existe tal cosa? Pero no *buscar* con su mente lo que desea, no Dios, no una idea, no una creencia, no un símbolo. ¿Podemos descartar todo eso, y entonces descubrir lo que es Real?

El hombre, a causa de su ignorancia, a causa de su soledad y desesperación, ha concedido carácter sagrado a una idea, a una imagen hecha por la mano o por la mente. Tal imagen se ha vuelto extraordinariamente importante para el cristiano, para el hindú... ya ellos han investido esa imagen con el sentido de lo sagrado. El hombre idolatra las imágenes que él mismo creó... para él mismo.

¿Podemos descartar todo eso, no verbalmente, no teóricamente, sino descartarlo de hecho, desecharlo? ¿Podemos comprender lo estéril de ese proceder? Entonces, podríamos comenzar a inquirir, a observar el suceder interno, a percibir los procesos internos, a vivenciar la energía que está

involucrada en todo eso, a descubrir lo sagrado que está oculto tras la energía, a Ser eso.

Pero no hay nadie que pueda respondernos, porque cualquier pregunta fundamental que nos formulamos no puede ser contestada por nadie y menos, en modo alguno, por nosotros mismos, por el “yo”, que es parte del problema.

Cuando Jesucristo afirma que “*El reino de Dios está dentro de vosotros*”, ¿nos está invitando a penetrar dentro de nosotros mismos? Aceptemos la invitación, y sin creer en nada profundicemos en nosotros mismos, sin buscar nada, sin pensamiento alguno.

Al penetrar en la profundidad de los procesos del cuerpo, la emoción y la mente, quizás descubramos ahí algo Real, algo Verdadero, algo completamente sagrado en sí mismo, sin pensar.

Tal vez ahí encontremos la luz que ilumina todo nuestro espacio interno, todo nuestro Ser.

Somos... Eso...

Bibliografía

- Hans Kung. ¿Existe Dios?
- Ambrogio Donini. Historia de las religiones.
- Charles Heinchelin. Orígenes de las religiones.
- Carl Sagan. Cosmos.
- Krishnamurti. Sobre Dios.
- Osho. El Dios que nunca fue.
- Fritjof Capra. Pertenecer al Universo.
- Biblia.